

733407 000 001 TDL / 100

MEMORIAS DE UN CORONEL,

COMEDIA EN UN ACTO,

DE MR. SCRIBE,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

Don Ventura de la Vega.



MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS.

1841.

D. 83.741

PERSONAS.

ACTORES.

GUSTAVO DE MONTEMART, } *Don Julian Romea.*
coronel. }

MATILDE, su esposa. *Doña Matilde Díez.*

ALFREDO, sub-teniente. . . . *Don Florencio Romea.*

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto Único.

El teatro representa la prision de un castillo: cuarto pequeño y redondo en forma de torre. A la izquierda, en primer término, hay una reja: en segundo la puerta de entrada. — A la derecha, en primer término, una puerta secreta: en segundo, un rapidadero alto y con reja. — En el fondo una ventana grande por la que se ve la plataforma donde se pasean los presos: á su lado la puerta de la alcoba de Gustavo.

ESCENA PRIMERA.

GUSTAVO, está vestido en negligé de preso, sentado delante de una mesa y mirando el reloj.

Qué día tan eterno...! Las cinco acaban de dar en el reloj del castillo, y el mío, que va bien, tiene las cinco y treinta y cinco... Todo reloj de castillo atrasa mucho. — (*Se levanta.*) Por vida mía que es fastidioso estar preso! — El primer día... vamos...! me reí y saqué partido del lance... porque un coronel preso, no deja de ser cosa curiosa, pero todo cansa y á todo se acostumbra uno. Y gracias á Dios que hoy es el octavo y último día... mañana me vuelvo á París... al lado de mi muger... mi querida Matilde...! hace tanto tiempo que no la veo...! — Pues señor, cómo ha de ser...! tengamos paciencia por lo que falta. (*Se pasea.*) Y qué me hago de aquí á mañana? — Ya he apurado todas las distracciones compatibles con mi situación... Me he paseado metódicamente á lo ancho y á lo largo: he dibujado el plano de la última batalla: he cantado todas las arias de todas las óperas que he oído; he pensado en mi

:

muger... porque en algo había de pasar el tiempo!—Pero ahora qué hago...? en qué pienso?—(*Acercándose al respiradero.*) Calla...! quién es aquel...? está de uniforme... asomado á la ventana de enfrente... Cómo haria yo para establecer una línea telegráfica...? (*Haciendo señas con el pañuelo.*) Ya me ha visto... y contesta á la seña. (*Gritando.*) Buenas tardes, compañero. Qué tal va? (*Escuchando.*) Hola! está usted fastidiado...? pues yo no, yo estoy muy divertido.—Que quién soy? Gustavo de Montemart... Coronel del 6.º de húsares. Y usted?—Qué...? apenas se oye... Alfredo...? Subteniente...? Y se quita de la ventana... (*Retirándose.*) Calla...! Alfredo...! ya caigo...! le conozco... le vi en la última accion... un oficialillo de diez y ocho años que parece una damita... que ni bebe, ni jura, ni... qué...! se pone colorado para saludar á una muger. Y ya lo envían á un castillo...? bueno! señal de que se va formando. Otra vez se asoma.—(*Escuchando.*) Qué...? Quisiera usted hablarme...? y yo tambien quisiera.—Aguarde usted: alli veo al llavero paseándose por el patio y fumando su pipa... (*Gritando.*) Señor Duroc, buenas tardes. (*Escuchando.*) Si estoy contento...? Sí señor, mucho...! el trato no puede ser mejor. Pero quisiera pedirle á usted una gracia. Puede usted permitir que el preso de ahí enfrente venga á hacerme un rato de compañía? (*Escuchando.*) Eh...? que si llegan á oirme...? (*Gritando mas.*) Y quién diablos quiere usted que me oiga...!—Su conciencia...? (*Ap.*) Ah...! en ese caso ya se yo como... (*Tirándole un bolsillo.*) Sí señor, para usted.—Pues! ya no le dice nada la conciencia.—(*A Alfredo.*) Compañero, van á abrirle á usted.—(*Se retira.*) Pues señor, ha sido feliz encuentro: ya no pasaré la noche solo.—Y el subteniente... ya adivino por qué es el empeño de hablarme... sin duda para darme las gracias porque evité que lo mataran en la última accion. Aun me da risa acordarme... Silvaban las balas que era un contento... y él tan sério estirándose el corbatin y peinándose el bigotillo con un peñecito de concha... Poco despues damos una carga... empiezan las cuchilladas... y cuando tenía encima de su cabeza media docena de sables... no se le ocurre al condenado bajarse á recojer un pomito de agua de Colonia que se le había caído?—Si no acudo yo...—Aqui viene. (*Suena el cerrojo de la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

GUSTAVO. ALFREDO.

Alfredo. Ah! mi coronel, cuánto me alegro de ver á usted despues de lo que le debo! — Me han permitido quedarme aqui acompañando á usted hasta mañana.

Gustavo. Hombre...! qué lástima que no le hayan enviado á usted al castillo ocho dias antes!

Alfredo. Gracias, mi coronel. — Pero qué...! lleva usted ocho dias de estar aqui?

Gustavo. Sí, amigo...! y nunca he estado yo tanto tiempo en un mismo sitio.

Alfredo. Enviarlo á un castillo, despues de haberse portado como se portó en esta accion...! cuando su regimiento de usted es el que mas se distinguió!

Gustavo. No es verdad que sí? Dieron mis húsares una carga brillante! — Verdad es que teníamos orden de quedar en reserva... y sin embargo, yo no sé como fue, que nos encontramos mezclados con la caballería enemiga. Los soldados dicen que yo grité "á ellos!" — El diablo me lleve si yo me acuerdo de tal cosa: mas me inclino á creer que fueron mis húsares los que apretaron... Pero ya se ve, como no se habia de soplar en un castillo al regimiento entero... yo la he pagado... me han echado encima... la cruz de la legion de honor y ocho dias de castillo.

Alfredo. Quién tuviera esa dicha!

Gustavo. Hombre, ya está usted en camino: la mitad de la dicha ya la ha logrado usted: la otra mitad... no tardará en llegar, si defiende usted siempre su estandarte... como los frascos de agua de Colonia... Eh...! ya está colorado...!

Alfredo. Es verdad, mi coronel... y no quisiera que me volviera usted á hablar de ese asunto... por él me veo preso! Sí... porque desde que pasó eso en la accion, todos los compañeros empezaron á embromarme... y ya me iba cargando. Ayer, dos oficiales de mi compañía empezaron á decir chistes y á hacerme coplitas con equivoquillos...

Gustavo. Coplas...? eso es demasiado.

Alfredo. Pues... uno decia que me gustaba mas el *pomo* que la *hoja*... y el otro añadia que mi conducta en la última accion me pondría en *buen olor* con el regimiento... Esas ya eran unas indirectas que... en fin... salí con uno de

ellos y tuve la suerte de alcanzarle una cuchillada... que le tiene en la cama para días. Y luego, para acabar de una vez, quería yo batirme con los siete que habían dicho cosas por el estilo... Pues, porque yo no soy amigo de desafíos... Pero se llegó á saber... y por eso me han enviado aquí.

Gustavo. Qué diablillo de muchacho...! Vamos, hace progresos rápidos!—Pues, camarada, yo, aunque sea á riesgo de recibir otra cuchillada que me tenga en la cama para días, como al otro, no resisto á la tentación de preguntarle á usted de donde le ha salido esa predilección por los pomos de agua de Colonia.

Alfredo. Oh! usted, mi coronel, puede decirme lo que guste.—Yo á usted le confesaré que... aquel pomito era de cierta persona...

Gustavo. Que se lo había regalado á usted.

Alfredo. Para el caso... Es el único favor que he recibido de ella.

Gustavo. El pomito?

Alfredo. Sí señor; y quería conservarlo para probarle mi constancia.

Gustavo. Su constancia...! Ay, ay, ay...! me engañé...! esta no hace progresos.

Alfredo. Pues qué...! he hecho mal?

Gustavo. Vaya una pregunta!—Jóven, quiere usted creerme?

Alfredo. Sí, sí, mi coronel: le creeré á usted... haré cuanto me diga.

Gustavo. Enhorabuena!—(Ap.) Vamos, tiene disposiciones, y sería una lástima dejar que se estraviase!—Ha de saber usted, amigo mío, que todo depende del modo de empezar... la cuchillada esa de ayer... vamos, no es mal principio... promete. Pero es preciso no perder por un lado lo que se adelanta por otro: no dejar que se arraiguen esos malos resabios... constancia...! qué significa eso...! no señor: es preciso que... yo le hablo á usted como á un hijo.

Alfredo. Ya lo veo; pero no es voluntad lo que me falta; si no que... no me atrevo yo...

Gustavo. (Con tono de confianza.) Y vamos..., es guapa?

Alfredo. Ay! si usted la conociera como yo...! Tiene un metal de voz...

Gustavo. Ah...! metal... de voz...? Ya!

Alfredo. Sí, un metal de voz... que va derecho aquí... tres

noches solamente la vi... hace dos meses, cuando fui á incorporarme al regimiento.

Gustavo. (Riendo.) Muy pobre está la hoja de servicios...! tres noches...! no es gran cosa.

Alfredo. Pero una de ellas fue en un baile.

Gustavo. Ya...! entonces esa debe contarse como doble: allí adelantaría usted terreno...

Alfredo. Vaya...! aquella noche estuve muy atrevido...! le quité el pomito, los guantes, el pañuelo... y lo besé todo mil veces, sin que ella lo viera.

Gustavo. Jesus, hombre...! y no temió usted comprometerla...?

Alfredo. Pues luego... no le devolví mas que los guantes y el pañuelo.

Gustavo. Ya estoy. Ese fue el pomito del lance cuando dimos la carga... Y en esa noche de osadía no la declaró usted que la amaba?

Alfredo. Lo tuve ya en la punta de la lengua... pero nada...! no me atreví. Estaba tan hermosa... con un traje y un peinado...! esas son cosas que cortan... y la verdad, yo no sé cómo hay quien tiene desparpajo para espetar así cara á cara una declaracion de amor.—Diga usted, mi coronel, se ha atrevido usted alguna vez...?

Gustavo. Vaya...! vaya...! Necesita empezar su educacion por los rudimentos!—Voto va! si tuviera concluidas mis memorias...

Alfredo. Qué memorias?

Gustavo. Una obra que estoy escribiendo, y que hace mucha falta á la juventud! Un tratado de costumbres... en que describo las mias... esto es, en que pongo siempre el ejemplo al lado del precepto. Hace un siglo que tengo pensado el plan... pero aun no he empezado.

Alfredo. Pues nunca mejor que ahora, mientras está usted preso.

Gustavo. Es verdad... ya se me ocurrió... y aun llegué á escribir el título... (*Señalando á la mesa.*) Vea usted.—“Guia de la juventud, ó memorias de un coronel de húsares.”—Pero á cada momento le distraen á uno...—Mire usted, esta es buena ocasion...! por cuánto tiempo viene usted preso?

Alfredo. Hasta mañana al amanecer.

Gustavo. Soberbio!—Pasa usted la noche aquí: despues de cenar, mando traer un ponche bien cargado... y traba-



jamos en las memorias: yo dicto y usted escribe: y es el mejor medio de que se vaya usted instruyendo...

Alfredo. Pero, mi coronel...

Gustavo. Tiene usted miedo al ponche? Para escribir una obra de costumbres no hay cosa como beber ponche... *biendo corrigo mores...* usted beberá.

Alfredo. Bien... procuraré beber... Ea, empecemos, tengo unos deseos de instruirme...! (*Se sienta delante de la mesa.*)

Gustavo. Ante todas cosas quiero esplicarle á usted la division general de la obra, y la distribucion en capítulos.—

PRIMERA PARTE: *Aventuras del coronel siendo soltero.*—

SEGUNDA PARTE: *Su casamiento.*—Y TERCERA PARTE:

Despues de su casamiento.

Alfredo. Pero... perdone usted, mi coronel... es usted casado?

Gustavo. Sí señor: por fuerza... para escribir la obra... Yo necesitaba buscar un desenlace... y verá usted el que he elegido: pues... porque aqui todo es histórico, todo práctico.—La muger mas linda...! y me amaba con delirio... hubo oposicion... y tuve... casi que robarla...—Pero eso ya lo veremos luego en la *segunda parte*... ahora no se trata de mi muger.—Vamos con la primera parte; CAPÍTULO PRIMERO. *De las calaveradas del coronel, y de sus primeros amores.*

Alfredo. Usted querrá decir: *de su primer amor*; porque supongo que empezaria usted por una.

Gustavo. No señor...! empecé por tres á un tiempo.

Alfredo. Ave María...! qué es lo que usted me dice?

Gustavo. Vamos... CAPÍTULO SEGUNDO: *De como el coronel sorteaba á sus rivales.*

Alfredo. Ah...! aqui entran los desafios...

Gustavo. Qué desafios...! no señor... se trata de rivales legítimos... por ejemplo, maridos... por eso dice: *sorteaba*...

Alfredo. Cómo...! tambien aqui andan maridos...?

Gustavo. Andan en todas partes... Adelante.—CAPÍTULO TERCERO: *Cartas de amor y declaraciones.*—CAPÍTULO CUARTO Y ÚLTIMO: *De la manera de acometer los desenlaces.*

Alfredo. Vea usted...! este es el capítulo que yo quisiera saber; pero antes es preciso pasar por los tres anteriores.

Gustavo. Segun.—Suele haber amantes que empiezan por el cuarto. (*Suena una campana.*) Llaman á cenar.



Alfredo. No importa... Veamos el capítulo cuarto... yo no tengo apetito.

Gustavo. Yo sí. Nos verá usted cenar... á menos que prefiera usted gozar de esta hermosa noche de luna, paseándose por el parque... (*Suena el cerrojo, y se abre la puerta de la izquierda.*)

Alfredo. Calla...! hay aquí parque?

Gustavo. Sí... una plataforma de diez pies cuadrados... donde nos permiten tomar el fresco.

Alfredo. (*Yendo hácia la derecha.*) Se va por aquí?

Gustavo. No: esos son otros cuartos que comunican con la habitacion del conserje.—Por allí... por mi alcoba... hay una escalera de caracol que da á esa plataforma que se ve desde aquí.

Alfredo. Bien: allá me voy á meditar... Pero no tarde usted mucho, para que sigamos la materia.

Gustavo. No tardaré.—De camino encargaré el ponche. (*Abriéndole la puerta del fondo.*) Por aquí... por aquí va usted al parque... (*Éntrase Alfredo.*) Por ahí... eso es... baje usted... cuidado con romperse las narices.

ESCENA III.

GUSTAVO.

Estoy satisfecho de mi discípulo: es muchacho que me hará honor... y que por el pronto me sirve para pasar un poco distraído la última noche de prision.

Alfredo. (*A quien se ve por la ventana del foro pasar á la plataforma.*) Qué hermosa noche! (*A Gustavo.*) No tardará usted mucho, eh?

Gustavo. No: en cuanto me beba un par de botellas de Champaña á la salud de usted y á sus progresos.—Qué lástima! Si se viene á cenar con nosotros, lo achispo... y me divierto con él.—Pero nada...! con sus amores platónicos... (*Riendo.*) Ah, ah, ah...! Vamos á cenar. (*Vase riendo por la puerta izquierda, que queda cerrada.*)

ESCENA IV.

MATILDE. *Asómase por la puerta de la derecha y habla con su doncella, que no aparece.*

No entres, Luisa: porque si hacemos demasiado ruido y mi

marido nos siente... á Dios sorpresa. Quédate en ese cuarto que nos ha designado el conserje: que pongan ahí el cofrecillo...—Pobre Gustavo...! ahora verá si yo tengo resolución... esta calaverada le probará que soy digna de ser muger de un coronel de húsares.—Ah...! si yo lo hubiera sabido antes... aqui hubiera venido á acompañarle en su cautiverio... Pero ocho dias sin escribirme...! Buen Dios! lo que yo he sufrido...! Saber que se acababa de dar una accion y no tener carta suya...! Mandé poner la silla de posta... corrí el camino muerta de incertidumbre... llegué aqui á saber de él... y me encuentro con que está encerrado en este castillo hace ocho dias.—Con que este es su cuarto...? bonito cuarto...! se parece al nuestro de la calle de Heldér!—Y por qué estará aqui...? pues nó es una injusticia... un horror encerrar aqui al mas valiente y mejor mozo de todo el ejército...! y luego á un hombre casado...! Si yo fuera que Gustavo ya sé lo que haria... pedir mi retiro... y no volverme á separar de mi muger. *(Escuchando y corriendo como á marcharse por la derecha.)* Cielos...! es él...!—No... no viene nadie.—Luisa... Luisa... toma, dale este bolsillo á la muger del conserje... y vuelve á encargarla el secreto acerca de mi llegada.—Pobre muger...! asi que la conté mi plan, á todo se ha prestado... me proporciona un cuarto muy decente... con espejo, con piano... me ha dado la llave de esta puerta... de modo que asi que todos se recojan... mi marido, que me juzga á ochenta leguas de aqui, se va á quedar sorprendido.—Primero toco el piano... luego abro misteriosamente la puerta y me presento á sus ojos como una aparicion... como una maga que viene á consolarlo de la injusticia de la suerte. Qué alegría será la suya...!—Adónde da esta ventana...? *(Asomándose á la del foro.)* Qué vista tan triste...! Alli veo un bulto... es un oficial... si será él...! No, no... Gustavo es mas alto... Y cómo me mira...! viene hácia aqui...! No quiero que me descubra. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

ESCENA V.

ALFREDO. *Sale por la puerta del fondo á todo correr y sin aliento: párase y mira á todos lados.*

Aqui estaba... yo la he visto... Qué es esto, Dios mio...! Pues

no tengo duda... era ella... Oh! no se me despinta... la tengo siempre presente.— Pero por dónde se ha escapado...? cómo ha podido entrar en la torre...? á qué viene aquí?— Cielos! si seré yo... Ah! qué disparate...! sería cosa de morirme de placer! (*Suena un prelude al piano.*) Qué oigo...! aquí está...! (*Corre á escuchar loco de gozo á la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

ALFREDO. GUSTAVO.

(*Gustavo sale con una luz, despidiéndose de los demás presos.*)

Gustavo. Buenas noches, compañeros... Con el Champaña que hemos bebido no dormiremos mal.

Alfredo. Es usted, mi coronel?

Gustavo. Sí, señor: por usted no he querido empezar la tercera botella.

Alfredo. (*Con misterio.*) Chit...! no haga usted ruido.

Gustavo. Pues qué hay?

Alfredo. Figúrese usted, mi coronel... figúrese usted qué... aquella muger...

Gustavo. Una muger...? bien, hombre; no tiemble usted por eso.

Alfredo. Es que la he visto...

Gustavo. Dónde?

Alfredo. Aquí... en este cuarto... la que yo adoro...

Gustavo. Qué desatino...! este muchacho ve mugeres en todas partes. (*Vuelve á sonar el piano.*)

Alfredo. Oye usted?

Gustavo. Calla...! y usted ha visto aquí esa muger?

Alfredo. Con mis propios ojos.

Gustavo. Pues á este cuarto no vendría á buscarlo á usted.

Alfredo. Cómo...! usted cree que no ha venido por mí?

Gustavo. Hombre, ya ve usted que hay poderosas razones para creerlo.— Pero en fin... en la duda, acometamos los dos... y al mas diestro. (*Toma una silla y se sienta en medio.*)

Alfredo. Al mas diestro...! al mas diestro...! Esa es muy poca generosidad: como quiere usted que yo... que soy principiante...

Gustavo. Razon mas... esta campaña le servirá á usted para formarse, mejor que todos los tratados elementales... la teoría es muy buena... pero no hay nada como la práctica!—Verá usted.

Alfredo. Es verdad; pero esta vez debia usted dejarme ensayar solo... porque, al fin, usted es casado...

Gustavo. Esas son consideraciones en teoría... pero en práctica, nada importa...—Con que, atencion! Cada uno á su negocio: la campaña está abierta.

Alfredo. (*Muy apurado.*) Pero por Dios...! por Dios! mi coronel, dígame usted algo... qué me aconseja usted que haga?

Gustavo. Toma. Si yo se lo digo á usted, qué gracia tiene?

Alfredo. No: únicamente el modo de empezar: luego yo seguiré solo.

Gustavo. Para empezar... segun las reglas... lo primero es intimar la rendicion á la plaza: eso lo hallará usted en el

CAPÍTULO TERCERO.

Alfredo. (*Yendo á ver el manuscrito.*) Sí: "CAPÍTULO TERCERO: *Cartas de amor y declaraciones.*"

Gustavo. Eso es: y yo voy á escribir mi epístola.

Alfredo. Y yo tambien: vamos allá. (*Siéntase á la mesa y escribe.*—*Gustavo lo hace en un libro de memorias.*) "Señorita..."

Gustavo. "Hermosa mia..."

Alfredo. "Es usted la que acaba de presentarse á mis ojos..."

Gustavo. "Sé que acaba usted de estar en mi cuarto..."

Alfredo. "Si no ha olvidado usted aquella noche feliz que la vi en el baile..."

Gustavo. "Si soy tan dichoso que merezca verla á usted un instante..."

Alfredo. "Sus ojos de usted me darán la respuesta."

Gustavo. "Ponga usted la respuesta... en mi colbac." Perfectamente!

Alfredo. (*Ap.*) No está mal! por fuerza se ha de enternecer cuando lea esto... y me ha de dar una cita.

Gustavo. (*Ap.*) Apuesto á que me contesta.

Alfredo. (*Ap.*) Y ahora cómo se la doy? Si yo pudiera... gratificando al conserje, hacer que se la diera...!

Gustavo. (*Aparte.*) Y cómo hago yo para deshacerme de este?

Alfredo. (Ap.) Lo peor es que este hombre no se moverá de aquí...! Si él se fuese...!

Gustavo. (Levantándose.) Y qué, no tiene usted sueño todavía?

Alfredo. Sí tal: y usted, mi coronel?

Gustavo. No: yo no me acuesto aun. *(Se sienta.)*

Alfredo. Ni yo tampoco. *(Siéntase también.)*

Gustavo. No lo deje usted por cumplimento: nada, nada de ceremonias conmigo: ahí tiene usted mi cama...

Alfredo. No, no: esperaré á que tenga usted gana de dormir.

Gustavo. Vamos: veo que está usted por la guerra de observacion. *(Ap.)* Pues señor, no se va: si pudiera dormirlo, contándole mis campañas de Alemania...

Alfredo. (Ap.) Oh! qué buena ocurrencia!—Si llega á echarse... con el vino de Champaña que ha bebido se duerme seguramente... y mientras esté durmiendo...—Pues por mas que miro, mi coronel, el enemigo no se presenta... y me parece que poco haremos esta noche.

Gustavo. Lo mismo creo... y me parece lo mejor tocar retirada... y suspender el ataque hasta mañana por la mañana.

Alfredo. Con que, suspension de hostilidades?

Gustavo. Suspension de hostilidades... y vámonos á acostar.

(Ap. viendo luz por el respiradero.) Hola...! por allí veo luz...! ella será! *(Fingiendo escuchar por la ventana de la izquierda.)* Oye usted?

Alfredo. Qué?

Gustavo. (Llamándolo con misterio.) Chit...! La voz de una muger...! por allí...

Alfredo. Por allí...! Cómo...! *(Va corriendo á la ventana: entre tanto, Gustavo tira la carta por el respiradero sin que Alfredo lo note.)*

Gustavo. No oye usted?

Alfredo. No oigo nada.

Gustavo. Pues se me figuró.—Ea, vamos á la cama.

Alfredo. Vamos á ver si dormimos. *(Vanse por la puerta del fondo.)*

ESCENA VII.

MATILDE. *Abre la puerta de la derecha, y sale precipitada y con enfado, trayendo en la mano la carta de Gustavo.*

No está aquí...! me alegro...! porque no podría contenerme... y armaria un escándalo!—Es su letra, no hay duda!—Buena está la carta!—Y yo le tenía por la fidelidad misma...! y apenas oye decir que hay una muger por aquí, ya la escribe... y sin conocerla, sin haberla visto en su vida...! Y le pide... vamos...! esto es horroroso...! un marido que pide una cita á otra muger...! quién ha visto esto?—Pues tendrá la cita... yo vendré á ella... y veremos!—Cómo se quedará cuando vea que soy yo!—*(Leyendo.)* «La respuesta en mi colbac.»—Este es... sí... este es su colbac... y yo se le bordé...! quién me había de decir que serviría...! *(Pone debajo de él un papel.)* Ya viene... yo me escapo. *(Vase.)*

ESCENA VIII.

ALFREDO.

Ya está dormido como un muerto. No hagamos ruido.—Al principio lo fingió... pero al fin acabó por dormirse de veras. *(Mirando por el respiradero.)* Si la llamo, se va á despertar el coronel... Ah! subiéndome en una silla... Vamos, ya voy siendo atrevido... *(Quita el colbac de la silla y ve la carta.)* Qué es esto? una carta en el colbac del coronel...? está abierta... leamos. *(Lee.)* «Es imposible, coronel, que nadie resista al estilo seductor de su carta: á las doce de la noche espérame usted en este cuarto...» Siento un sudor frío...! Con que lo prefiere... y á mí me desprecia...! á mí que la amo... que la adoro...! y hace caso de un hombre que solo... No es mala la lección!—el mas falso, el mas atrevido es el que vence... Paciencia...! yo aprenderé á no quedarme corto en adelante.—Vea usted...! darle una cita de buenas á primeras...! qué fortuna de hombre...!—Pero cómo se ha gobernado...? qué poder ejerce sobre ella...? Él no la ha visto... yo no me he apartado de aquí... y en menos de un cuarto de hora la escribe, le

responde, le da una cita... Vámos, es maestro...! no puedo yo habermelas con él.—Y por qué no...? él dice que hay ardides de guerra... y se me ocurre uno... A ver si me sale bien. (*Rompe la carta: va á la mesa y escribe otra.*) Pongámos esta otra en el mismo sitio... así queda el campo libre y acudo yo á la cita en lugar suyo. (*La pone en el colbac.*)

Gustavo (*Dentro.*) Eh...! compañero...!

Alfredo. Ay...! ya se ha despertado...!

ESCENA IX.

GUSTAVO. ALFREDO.

Gustavo (*Frotándose los ojos.*) Calla...! Quería dormirlo á él y me he dormido yo...! Ya está el enemigo en pie.—Diga usted, compañero, es usted sonámbulo?

Alfredo. No, mi coronel: es que no podía pegar los ojos...

Gustavo. Ya...! como buen recluta...! los veteranos como yo... que somos ya maridos... tenemos costumbre de dormirnos junto al enemigo.

Alfredo. Ya he desistido, mi coronel...! cómo quiere usted que un pobre principiante luche con un maestro! Y usted que dormía tan profundamente, á qué se ha levantado?

Gustavo. A nada... á buscar el colbac... es tal la costumbre que no puedo dormir sin el colbac.

Alfredo. (*Ap.*) Eso es, voto va el diablo!

Gustavo. Calla...! ya echa usted votos...?

Alfredo. Yo...?

Gustavo. Bravísimo...! no dije yo que se iba usted formando...? Promete... promete... (*Tomando el colbac, y hablando la carta.*) Hola...! respondió!—Pues señor, con unas cuantas lecciones es usted maestro.

Alfredo. (*Con malicia.*) Sí... creo que no empiezo mal.

Gustavo. (*Volviéndose de espaldas á Alfredo, y desdoblando el papel lo lee.*) “A las doce de la noche en la plataforma.” (*Ap.*) Magnífico...! Pero cómo diablos irá ella á buscarme á la plataforma...? Habrá alguna otra escalera que ella sabrá...? En fin, allá se las haya!—

Con que, camarada, (*Poniéndose el colbac.*) yo me pongo mi colbac, y me voy á continuar mi sueño. Usted que está desvelado, podrá quedarse aquí.

Alfredo. Sí, sí... yo tengo tan mal dormir que no le de-

...jaría á usted pegar los ojos. (*Siéntase en una silla.*)
Gustavo. Oh...! y yo suelo roncar de una manera...

Alfredo. Pues...! nos incomodariamos uno á otro.—Yo aquí me quedo. (*Echándose en un sillón.*)

Gustavo. Ah...! y no me llame usted hasta que yo dispierte naturalmente... porque estoy algo atrasado de sueño...

Alfredo. No tenga usted cuidado, que no le llamaré.

Gustavo. Buenas noches.

Alfredo. Felices. (*Gustavo se va por el foro llevándose la luz y cierra por dentro.*)

ESCENA X.

ALFREDO.

Calla...! (*Se levanta.*) me deja á oscuras... y echa el cerrojo por dentro... mejor...! soy dueño del campo. Se tragó la cita en la plataforma (*Riendo.*) ah, ah, ah...! allí se estará dando paseos... mientras yo estoy aquí con ella...!—Vendrá á este cuarto... de pensarlo me pongo á temblar...! Y qué la digo...? Cómo me disculpo de semejante engaño...? Si se enfada y da voces... Ay! Dios mio! casi me arrepiento de lo que he hecho... Estoy por llamar al coronel y confesárselo todo... No me haría poca burla...! me pondría en ridículo con los compañeros... (*Tratando de animarse.*) Eh...! qué diantres...! valor...! ya me siento capaz de... Ay! qué ruido...! ella es... No, no... no viene todavía... Digan lo que digan, es cosa terrible verse uno... así... mano á mano con una muger bonita... y por la primera vez...! Vamos... yo no puedo conmigo...! Quiera Dios que no venga...!—Abren la puerta...! no hay remedio... soy perdido...!

ESCENA XI.

MATILDE. ALFREDO.

Matilde. (*Ap.*) Esta es la ocasión... voy á vengarme de este falso.

Alfredo. (*Ap.*) Ya viene...! á mí me va á dar algo!

Matilde. La oscuridad me favorece... fingiré la voz para que no me conozca.—Está usted aquí?

Alfredo. Sí señora... esperando á usted...

Matilde. (*Ap.*) Qué alterada tiene la voz...! Se acordará de mí, y tendrá remordimientos.—Conozco que hago mal en

venir á la cita, porque estoy segura de que usted me engaña.

Alfredo. (Ap.) Ay! Dios mio...! Si sospechará...? — No, señora... yo no la engaño á usted.

Matilde. (Ap.) También quiere fingir la voz, pero no se me despinta. — Pues ya me tiene usted aquí... qué tenía usted que decirme?

Alfredo. No lo adivina usted?

Matilde. No: quiero que me lo diga usted terminantemente... duda usted...? *(Tomándole la mano.)* Hace usted bien.

Alfredo. Cree usted que hago bien, eh? — Qué linda mano...! se me figura que se me va quitando el miedo... ah...! qué mano...!

Matilde. (Ap.) Está cortado... le tiembla la mano... Ah...! bien segura estaba yo de que no se atrevía á una infidelidad. — Vamos, nada me dice usted, querido mio?

Alfredo. (Ap.) Su querido...! ah! qué placer...! la primera vez que oigo esta espresion! — *(Animándose.)* Animo...! aqui de las lecciones del coronel. — Sí, hermosa, sí... yo la amo á usted... yo la adoro... Ay! no se enfade usted!

Matilde. Usted me adora...! *(Retirando la mano, Aparte con rabia.)* Pérfido! — Ah! quiero continuar fingiendo para confundirlo despues.

Alfredo. (Tomándola la mano.) Ah...! no retire usted esa hermosa mano...! Deje usted que la estreche en las mias... quiere usted que me quede con esta sortija para memoria de esta noche feliz...? *(Ap.)* No responde... y me deja que se la quite...! *(La quita una sortija y se la pone.)*

Matilde. (Ap.) Buena idea... la sortija será la prueba con qué le confunda!

Alfredo. (Besándola la mano.) Ea...! valor...! aqui del capítulo cuarto! — *(Óyese el cerrojo del foro.)*

Matilde. Quién viene...? huyamos...! *(Vase corriendo por la puerta de la derecha.)*

ESCENA XII.

ALFREDO. GUSTAVO, con luz.

Gustavo. (Soplándose los dedos, y dando patadas de frió.) Uf...! estoy helado...! qué plánton...! con un aire que corta...! y nadie ha parecido!

Alfredo. Hola! coronel! es usted sonámbulo?

Gustavo. Por qué?

Alfredo. Le he sentido á usted andar por la plataforma... y con este frío...! gracias que llevaba usted puesto el colbac!

Gustavo. (*Mirándolo admirado.*) Qué tiene este muchacho? qué ojos tan bailarines...!

Alfredo. Si quiere usted descansar en el sillón, mi coronel... (*Ap.*) ya no le temo.

Gustavo. Qué tonillo...! vamos, ya veo que ha sabido usted el chasco que he llevado, y es inútil disimular.—Pues sí, señor, la he estado esperando una hora, y me ha faltado.

Alfredo. (*Riendo.*) Ah, ah, ah...! con qué le ha faltado á usted...? Yo lo creo, y aunque se hubiera usted estado allí hasta el amanecer... (*Dándose tono.*) Sepa usted que mientras la aguardaba allí... ella estaba aquí conmigo y...

Gustavo. De veras?

Alfredo. (*Con aire de triunfo.*) Toma...!—Qué tal...? Hé aprendido las lecciones?

Gustavo. (*Con vanidad.*) Discipulo mio...!!—Bravo...! bravísimo...!—Vamos, y no ha hecho usted ninguna necesidad?

Alfredo. Me parece que puede usted estar contento de mí. He seguido al pie de la letra las lecciones, capítulo por capítulo...

Gustavo. Y el capítulo cuarto...?

Alfredo. El capítulo cuarto...? Oh...! ese... así, así... pero mire usted... (*Enseñándole la sortija.*)

Gustavo. Bien, amigo, bien...! Regalito de sortija, y todo...!

Alfredo. Y mire usted qué preciosa...! y con iniciales...!

Gustavo. Calle usted... y es verdad...! A ver. (*Ap.*) Cielos...!

Alfredo. Qué es eso?

Gustavo. (*Turbado.*) Nada... nada... un vaído...

Alfredo. Aquí tengo aquel pomito... huela usted...

Gustavo. (*Desviándolo.*) No, no...! déjeme usted en paz...!

Alfredo. Ya va amaneciendo...! (*Mirando por la ventana.*)

Gustavo. Sí... pues hágame usted el favor de bajar al cuarto del conserje y que nos pongan el pase.

Alfredo. Voy... Ah...! y mi sortija...!

Gustavo. Ahora se la daré á usted... voy á verla despacio.

(*Vase Alfredo por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIII.

GUSTAVO.

Este es un chasco pesado...! voy á cerciorarme... (*Examinando la sortija.*) Sí... es la suya... M. y G... MATILDE y GUSTAVO... la misma, la que yo la regalé el día de la boda... Nadie puede tenerla mas que ella... pero si yo estoy seguro de que está en París... vamos, me vuelvo loco...! (*Oyese ruido de abrir la puerta de la derecha.*) Qué ruido es ese...? Ábren esa puerta... (*Aparece Matilde.*) Cielos...! mi muger! ya no hay duda!

ESCENA XIV.

MATILDE. GUSTAVO. *Ambos se quedan mirando.*

Matilde. Muy bien, caballero...! es este el recibimiento que me hace usted; despues que vengo desde París á buscarle?

Gustavo. (*Turbado.*) No, no... querida Matilde... Llegas ahora mismo, no es verdad?

Matilde. (*Tomándole la mano.*) Y á qué viene esa pregunta?

Gustavo. (*Mirándola la mano.*) A qué... (*Repentinamente.*) Matilde, dónde tienes la sortija?

Matilde. Y me lo pregunta usted, señor mio?

Gustavo. Creo que no tiene nada de particular...

Matilde. Ingrato...! no estando en mi mano bien sabrás tú en cuál otra puede estar...? (*Viéndola.*) Mirala... ahí está.

Gustavo. Con qué es verdad, señora...! Es usted la que esta noche...?

Matilde. Sí señor, la misma...! llegué anoche... muy creida de que no pensaba usted mas que en su Matilde... y he querido vengarme...

Gustavo. Dios mio...! (*Ap.*) Ya lo adivino todo...! Ese pícaro sin saber lo que hacia, me ha suplantado...!

Matilde. Vamos, no quiero ahora reñirte... estás preso y... es preciso mimarte...

Gustavo. Ah! Matilde mia... yo no me la perdonaré jamas...! Pero Matilde, solo quiero una cosa por castigo... solo una cosa... que me repitas aquí exactamente, y sin que falte punto ni coma, todo lo que yo te he dicho esta noche.

Matilde. (*Con empacho.*) Repetirlo...! cuándo quisiera olvidarlo...!

Gustavo. (Ap.) Ay Dios mio...!—Dime... si mal no me acuerdo... tu me rechazabas...

Matilde. No tal... y eso que estaba furiosa. Quise ver toda tu ingratitud... Pero por fortuna, noté una turbacion y un respetto que me consoló, porque dió muestra de tu fidelidad.

Gustavo. (Ap. con gozo.) La he sido fiel...!

Matilde. De lo contrario, había jurado no volverte á ver en mi vida.

Gustavo. Ah! Matilde mia...! qué consuelo me das...! (*Echándose á sus pies, y besándola la mano.*) Me perdonas, alma mia?

ESCENA XV.

DICHOS. ALFREDO.

Alfredo. Cuando usted quiera, mi coronel, podemos marchar... Qué veo...!

Matilde. Un oficial...!

Gustavo. Querido Alfredo, le presento á usted á mi muger.

Alfredo. (Turbado.) Su muger...! (*Ap.*) Ah! mi coronel, perdone usted... si hubiera sabido...

Gustavo. (Ap.) Bien... basta, basta...—Querida Matilde, aqui tienes á mi compañero de cautiverio... creo que tú le conociste... y le hablaste dos ó tres veces antes de nuestro casamiento...

Matilde. (Saludándole.) Sí... creo que en un baile...

Gustavo. (Ap.) Malo! que no lo ha olvidado.—Es mucho que promete... discípulo mio.

Alfredo. (Con timidez.) Que procurará hacer honor á su maestro.

Gustavo. (Ap.) Hacerme honor, eh...? Bueno es saberlo!

Matilde. Tengo mucho gusto en volverlo á ver... y si este caballero va á Paris...

Gustavo. (Interrumpiéndola.) Sí, si... es preciso protegerla en su carrera... yo haré que le envíen con un ascenso... á Perpiñan.

Alfredo. (Suspirando.) Ay! á Perpiñan...! un poco lejos es... pero como ha de ser!

Gustavo. Allí le enviaré á usted mis MEMORIAS para que se entretenga.

Alfredo. Sí: publíquelas usted, que deben gustar mucho!

Gustavo. Eso... (*Saludando al público.*) el público lo dirá.

FIN DE LA COMEDIA.